

tarán con las preocupaciones de muchos padres y madres de familia, para los que puede ser un buen instrumento de formación y recuerdo de la doctrina cristiana sobre el matrimonio y la familia.

J. Pujol

**Bernard NATHANSON**, *La mano de Dios. Autobiografía y conversión del llamado «Rey del aborto»*, Ed. Palabra, Madrid 1997, 258 pp., 13,5 x 20, ISBN 84-8239-167-4.

Ciertamente estamos ante un libro importante, como nos dice en su Epílogo C. J. McCloskey III, el sacerdote que en los últimos cinco años ayudó al Dr. Nathanson a recorrer los peldaños para llegar a la fe católica. Precisamente es McCloskey quien cuenta en el epílogo el Bautismo del citado Doctor el 9 de diciembre de 1996 en la Cripta de la Catedral de San Patricio de Nueva York. Este testimonio y la descripción de los últimos pasos hacia la conversión y el bautismo es un broche a toda la apasionante narración anterior.

La autobiografía de este médico es especialmente importante, porque pone al descubierto, pasados ya casi treinta años desde la legalización del aborto en Estados Unidos —y como consecuencia, en muchos otros países—, el desastre humano, moral y espiritual que se esconde detrás de este verdadero holocausto de víctimas inocentes y en aquellos que lo practican.

Aunque para muchos lectores ya sea historia conocido, el interés del libro estriba, a mi parecer, en los datos de primera mano que ofrece el autor. Como bien describe a lo largo de los

diez primeros capítulos, el Dr. Nathanson fue uno de los defensores acérrimos de la liberación total del aborto, y personalmente ha dirigido 75.000 de ellos. A principio de los años 70, se empezó a cuestionar la moralidad del aborto. Explica que fueron las modernas técnicas de exploración de los embarazos a través de los ultrasonidos y la posibilidad de observar el corazón del feto en monitores electrónicos cardíacos fetales lo que le hicieron cambiar radicalmente de postura. La introducción en ese nuevo mundo, según cuenta, le causó un fuerte impacto: Dios se servía de aquello para hacerle ver que lo que se estaba haciendo era completamente inmoral. A partir de aquel momento dejó casi de practicar abortos (sólo intervino a partir de entonces en aquellos casos en los que él creía todavía que era necesario), y en 1979 participó en el último aborto. Dio un giro a su vida y se dedicó a reflexionar sobre este fenómeno del aborto, tan rápidamente extendido por todo el mundo, llegando además a la conclusión de que «interrumpir o abortar una vida en los nueve primeros meses de vida es intolerable: es un crimen. No tengo remilgos en emplear esta palabra: el aborto es un crimen» (p. 161). Los últimos quince años los está dedicando a colaborar activamente con los movimiento Pro-Vida. Muchas de las páginas del libro narran precisamente sus experiencias con este movimiento, y el progresivo acercamiento a Dios a través de las personas que allí ha conocido. Como él dice, muchas personas creen en Dios y entonces se dedican a trabajar en los movimientos en favor de la vida; su camino fue el contrario: comenzó a trabajar en esos movimientos y, el contacto con la gente y el espíritu que les animaba, es lo que le ha ido acercando a Dios.

Junto a este eje central del libro, lleno de detalles, estadísticas, anécdotas vividas, nombres y apellidos de personajes del mundo del aborto, el autor narra a fondo su infancia en una familia de judíos, llena de problemas y, aunque practicante, agnóstica. La intención del autor de hacer ver que su forma de entender las grandes cuestiones de la vida son el fruto de aquellas raíces familiares —sobre todo paternas— llenas de egoísmo, amoralidad y desprecio por los otros, hace esta primera parte del libro un poco pesada, aunque no deja de ser interesante.

Junto al tema del aborto el autor desvela también todo el trasfondo de la batalla por conseguir liberalizar la eutanasia y el negocio actual que se está

haciendo con los tejidos embrionarios de seres humanos producto de los abortos. El hilo conductor que el autor quiere mostrarnos, de una forma u otra, es que Dios está siempre esperando; que no se cansa de nosotros y está deseando perdonarnos.

Quizá en algún momento le falta al libro un poco de unidad, pues parece que se han ensamblado una serie de temáticas un tanto heterogéneas. Pienso que en una reflexión ulterior, desde la fe cristiana, se podrá sacar todavía más partido de todas las tremendas experiencias que el autor relata, muchas de las cuales ha vivido con gran intensidad.

J. Pujol